

HIDALGO DE LA VEGA, M. ^a JOSÉ, *Las emperatrices romanas. Sueños de púrpura y poder oculto*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2012, 240 pp.

Este trabajo, que se enmarca en los estudios de género, presenta por dinastías una panorámica de las mujeres asociadas al poder en Roma: las mujeres de las dinastías Julio-Claudia, Flavia, Antonina y Severa; incluye, además, dos capítulos específicos,

uno, el segundo, dedicado a la creación de modelos de mujeres imperiales por medio de la imagen de Livia (modelo positivo) y Mesalina (modelo negativo); el otro, al final del libro, constituye un brillante análisis de la representación de la mujer de la casa real asociada al culto imperial.

La primera valoración que procede emitir después de su lectura es que esta obra sobresale por su rigor metodológico, por la originalidad de su planteamiento y por las conclusiones, que ofrecen claves de interpretación de la presencia y función de la mujer imperial en sus respectivas cortes o *domus*, para ser más exactos. A pesar de ser un libro adornado con todo el bagaje científico exigible en este tipo de publicaciones, sin embargo logra seducir al lector, no tanto por su prosa (es el único lunar achacable a la obra, la falta de una última corrección de estilo, que evitara construcciones sintácticas forzadas o poco claras), como por la profundidad de los hallazgos y los análisis, llenos de humanidad, psicología y realidad que tiñen todo el discurso.

El capítulo dedicado a las mujeres de la dinastía Julio-Claudia proyecta la idea, bien fundamentada, de que estas mujeres demuestran ambiciones individuales mal canalizadas por el sistema monárquico, que necesitaba a los miembros femeninos de la estirpe para legitimar la sucesión, y así las convierte, sin pretenderlo, en figuras poderosas. Las famosas y poderosas féminas de la casa de Augusto no funcionaron como grupo sino como individualidades perturbadoras: la crueldad que se les aplicó está en consonancia con la que ellas emplearon en sus formas de ascensión al poder.

El capítulo segundo enfrenta los modelos de Livia y Mesalina; se trata de una eficaz comparación de estas dos poderosas mujeres como patrones antagónicos de mujer imperial. Livia se convirtió en modelo positivo para la posteridad por su prudencia en su función de esposa y consejera de Augusto y, además, por mostrarse decisiva para que su hijo Tiberio alcanzara el Imperio. A pesar de su fuerte rivalidad, Livia fue capaz de mantener su papel de preeminencia y poder político frente a la resistencia de su hijo, lo que constituye por sí solo un logro en la conquista femenina del poder: con habilidad supo ganarse el favor de aristócratas, gobernantes extranjeros y municipios, que se mostraron agradecidos a su benefactora. Su imagen pública fue más poderosa y brillante que la de su hijo. Mesalina representa lo contrario, el papel pernicioso de la mujer en el poder, exacerbado por medio de todos los vicios sexuales imaginables y, por ello mismo, poco creíbles. Según la autora, Mesalina es la representación de la alteridad total, en el sentido de que asumió papeles propios del ámbito masculino en lo sexual, en lo político y en lo social, especialmente al querer sustituir a su esposo Claudio en su matrimonio con Silio, como si ella fuera la regente y Claudio un simple consorte, su gran error. Pero esta imagen negativa surgió, y la autora lo afirma taxativamente, de historiadores que usaron el pasado para justificar su presente e imponer una imagen de la correcta esposa o de la infame, según interesara en los patrones patriarcales.

Las mujeres de la dinastía Flavia son el objeto del tercer capítulo; los Flavios representaron la consolidación del poder municipal frente a la aristocracia romana. Frente a las figuras activas y poderosas de la familia Julio-Claudia, las mujeres de la *domus* imperial Flavia se caracterizan por su moderación y ausencia casi total de las fuentes literarias, aunque menos de las epigráficas. Este silencio en torno a las mujeres de la corte debe vincularse, según la autora, a la decisión de Vespasiano de imponer la sucesión dinástica en la transmisión del Imperio; de este modo, sus hijos, Tito y Domiciano, fueron nombrados herederos desde el primer momento, haciendo innecesaria la descendencia legítima asociada a las mujeres imperiales. La esposa, la hija y la nieta de Vespasiano se llamaron igual, Flavia Domitila, y su importancia residió en acompañar silenciosamente al hombre central del Imperio, Vespasiano. Solo Domicia Longina, esposa de Domiciano, mujer rica, culta e independiente, fue acusada de adulterio, en concreto con un actor, tópico con que se agredía la figura de la emperatriz con el fin de dañar la del emperador, según aclara la autora.

La dinastía Antonina, que ocupa el cuarto capítulo, supuso un cambio radical en la ascensión al poder: la adopción o, al menos, eso dice la propaganda imperial, que adorna la nueva forma de acceso al poder con un tono humanístico. Ahora bien, como demuestra con contundencia la autora, la adopción era una ficción de la sucesión hereditaria; para ello, se desarrolló una compleja red de matrimonios entre las mujeres de la dinastía con los candidatos a ser adoptados: los mejores tenían posibilidades de acceder al poder, pero se consolidaba su unión a la familia imperial con un matrimonio. Como esta época está poco documentada por las fuentes literarias, son las epigráficas, artísticas y numismáticas las que arrojan luz sobre el poder que llegaron a detentar estas mujeres. Todas ellas, Plotina, esposa de Trajano, Marciana, hermana de Trajano, Matidia, madre de Sabina, la esposa de Adriano, Faustina la mayor, esposa de Antonino Pío, y Faustina la menor, esposa de Marco Aurelio, fueron ejemplo de todas las virtudes deseables para una esposa romana (*pudor, castitas, modestia, pietas...*), y su poder, real y necesario en los matrimonios con los adoptados (eran esposas y madres de emperadores), no se tradujo en una figura institucional concreta.

La dinastía Severa supuso el triunfo de las familias de la periferia, en concreto, de los ricos miembros de la ciudad siria de Émesa, la actual Homs, que llegaron a Roma con su culto particular, el dios solar Baal. Septimio Severo, el primer emperador de la dinastía, llegó a la púrpura por nombramiento de sus legiones. Para ese momento, ya estaba casado con la rica y culta Julia Domna y tenía dos hijos. Curiosamente, las mujeres de esta dinastía recuerdan, por su gran deseo de reinar, la Julio-Claudia: imitaron a Livia, cuando consiguieron influir en política y supieron mantener su condición de matronas, como fue el caso extraordinario de Julia Domna, que supo conciliar poder y discreción; pero también remedaron a Mesalina, como ocurrió con Julia Soemias, al intrigar todo lo que fue necesario hasta lograr que su hijo, Helio-gáballo, llegara a lo alto del poder imperial, apoyada por su madre, Julia Maesa, y su

tía, Julia Mamea. Estas tres mujeres ejercieron *de facto* el poder en Roma, mientras Heliogábalo reinaba a su sombra.

Un último capítulo se dedica al culto imperial, donde se hace patente que las mujeres de la corte, *diuæ*, acompañaron al culto de los emperadores, *diui*, como un instrumento más de una eficaz propaganda imperial. Sigue un interesante catálogo iconográfico, numismático y pictórico de piezas que han sido comentadas en la argumentación del libro. Un útil índice de fuentes literarias concluye esta obra, rica en matices.

ROSARIO LÓPEZ GREGORIS
Universidad Autónoma de Madrid